

CAPERUCITA.—(*Inquieta*). ¿Qué es? ¿Qué le pasa a mi madrecita?

(Todos le cuentan la hazafia del Arenero, esforzándose por hacerla reír. De vez en cuando la niña tose levemente.)

LA ABUELA.—(*Con remilgue*). Un rizo mío... Bien, Francisco... lo tendrá usted a condición de que...

(Concluye con voz ininteligible. Risa general.)

CAPERUCITA.—¡Pobre abuela! Si apenas le queda cabello... (*Con pequeña confusión*). Me dijisteis... que todos me traíais regalos... ¿Es cierto?

TODOS.—(*Alegres*). Sí, sí.

(La Gigantona se desabrocha la chaqueta y saca del seno una estrella que brilla con todos los colores.)

CAPERUCITA.—(*Tendiendo las manos*). Gracias, gracias, Gigantona!

LA BRUJA.—Cuidado, hijita; no te desabrigues.

LA GIGANTONA.—Esta estrella cayó anoche sobre la copa del olmo en cuyo tronco tengo mi casa. La muy curiosa quiso ver lo que pasaba en la tierra y perdió el equilibrio. La recogí en seguida, pensando en mi niñita...

BARBA DE PLATA.—Yo (*Saca de su gran bolsillo una arduilla pequeña, maniatada*) le traigo a mi nietita este pichón de ardilla para que la domestique y juegue con ella... Estos animalitos son muy graciosos.

CAPERUCITA.—¡Qué preciosura! Ven, encanto. Te haré una capita de terciopelo para que no sientas frío!

(La Bruja extrae de debajo del manto un globo de vidrio blanco, lleno de agua, en la cual nadan pececitos de todos colores: rojos, dorados, azules...)

LA BRUJA.—Recogí esto, para mi nietecita, en un lago que hay al otro lado del país, entre las montañas...

CAPERUCITA.—(*Maravillada*). ¡Oooy! ¡Gajo de Sauce, qué cosa tan linda me traes!

EL HADA.—Ahora me toca el turno a mí. Veremos si mi regalo le gusta también a la niñita querida.

(Del bolsillo de su vestido de raso blanco, bordado de oro, Flor de Maravilla saca lentamente un paquete atado con cintas azules. Caperucita, impaciente, lo toma, deshaciendo la mofa. Todos se inclinan, curiosos, a ver qué es lo que hay allí, dentro de la cajita de sándalo, primorosamente esculpida.)

EXCLAMACIÓN GENERAL.—¡Oooh!

(Por la cama ruedan brillantes, rubíes, esmeraldas, topacios, en regueros deslumbradores.)

EL HADA.—Perteneían al tesoro de Barba Azul. De su arca de oro tomé

un gran puñado para que sirvan de dote a Caperucita, cuando crezca y se case. Guarda bien esas piedras, hijita. Ahora te parecen hermosas, tan sólo. Cuando seas grande, verás que con el valor de ellas puedes, si eres tan buena como ahora, ser rica y feliz.

BARBA DE PLATA.—(*Tristemente*). ¡El pobre pichoncito de ardilla!

LA BRUJA DEL RÍO.—Flor de Maravilla ha traído a la niña el regalo más rico. Pero cada uno hace la ofrenda que está al alcance de sus fuerzas.

EL HADA.—Claro, claro... Vale más la buena voluntad que la riqueza. Y como todos tenemos para Caperucita el mismo deseo de mimarla, no hay regalo más pobre ni regalo más rico.

(Entretanto, Caperucita, con ayuda del Arenero y la Gigantona, ha juntado las piedras preciosas, desparamadas por la cama, guardándolas otra vez en el pequeño cofre.)

EL ARENERO.—(*Enderezándose*). Ahora, el viejo, ¿verdad, hijita? Veamos qué trae en su bolsillón...

(Guiñando maliciosamente los ojos, saca con lentitud, del inmenso bolsillo de su hopalanda, una muñeca vestida de raso rosa, salpicada de lentejuelas.)

CAPERUCITA.—(*Agitando las manos, desesperada de impaciencia*). Dádmela, dádmela... ¡Oh, qué hermosa! Y se duerme... Y saca la lengüecita... ¡Arenero de mi corazón!... Arroró mi niña. (*La mece*).

EL ARENERO.—¿Le gusta a la reinita? De las alforjas de los Reyes Magos, que ya vienen en viaje hacia el mundo, la tomé anoche, mientras Melchor, Gaspar y Baltasar dormían junto a sus camellos cargados de juguetes.

CAPERUCITA.—¿Traían muchos, Arenero?

EL ARENERO.—Millares y millares.

CAPERUCITA.—(*Titubeando*). ¡Ah! Y...

EL ARENERO.—(*Haciendo un guiño a los demás, que sonrían*). Y...

CAPERUCITA.—Y... este... Arenero... ¿Esta muñeca no tiene madre, abuela e hijita?

EL ARENERO.—(*Con franca risa*). ¡Sí que tiene! Caperucita (*De soslayo*). ¡Ay, pobrecilla, tener que venir solita... Siquiera tuviera su hijita que la acompañase!...

(Risa general. Entretanto, el lobo pasa inadvertido, acurrucado a los pies de la cama, silencioso y taciturno. La Gigantona se vuelve hacia él y le pregunta con extrañeza:)

—¿Y usted, señor lobo, qué le trae a la niña?

CAPERUCITA.—Es cierto, lobo, faltas tú. ¿Qué me traes?

(El lobo se levanta con aire confu-

so, vacila un momento y luego responde tristemente:)

—No tengo nada que darte, Caperucita mía. Soy tan miserable... Todos te han regalado cosas muy hermosas. Yo inútilmente busqué algo que traerte por toda la campiña y todo el bosque. No tengo nada más que ofrendarte, sino mi firme resolución de ser bueno, mi arrepentimiento hondísimo por todo el mal que he hecho...

CAPERUCITA.—(*Tendiéndole los brazos, de los que rueda, olvidada, la bella muñeca*). ¡Lobo, lobo de mi corazón! (*Todos lagrimean, conmovidos*).

EL HADA.—Lobo: ¡tú le has hecho el regalo mejor y más valioso a la niña!

(En ese momento, la abuela hace un movimiento brusco, se inclina como quien esquiva un beso y ruedan las piedrecitas que cerraban sus párpados, y despierta balbuciendo:)

—Francisco: sea usted prudente...

(Al ver dentro del cuarto a tales y tan extraños visitantes, se pone en pie, restregándose, despavorida, los ojos. Pero Barba de Plata le impone silencio con un gesto y le da explicaciones que la tranquilizan.)

BARBA DE PLATA.—No se asuste, abuela. Somos los habitantes encantados del bosque, que amamos a Caperucita, por bondadosa y compasiva, como si fuera hija nuestra. El lobo fué quien llamó anoche al médico. Gajo de Sauce, la que puso en la alacena de la cocina el atado de borraja para su té, pues el que recogió en la primavera la señora Martina se lo habían comido los ratones. El Hada del Bosque se ha llevado, desde el anoche, imponiendo silencio a los duendes del viento y de la lluvia para que la niñita no sintiera ruidos que le aumentasen la fiebre... Y la Gigantona ha andado desalada en torno de la casa, para tener a cada rato noticias de nuestra amiguita...

LA ABUELA.—Bien, bien, me alegro de conocerlos, y os doy las gracias.

CAPERUCITA.—Enseñad a la abuela a bailar y bailad todos un rato, para entretenerme.

LA ABUELA.—¡Qué antojo, hijita!

(Pero ya todos se dan las manos y Barba de Plata y Flor de Maravilla toman las de la abuela. Una música invisible preludia una pavana, que ellos bailan ante la aprobación de Caperucita, que los mira extática. Mas, de pronto, el velón se apaga, la música cesa y todos se detienen. Por la ventana entra la luz confusa del amanecer.)

EL HADA.—¡Es ya de día!

BARBA DE PLATA.—Vámonos, vá-